

Fabrice Hadjadj

**ÚLTIMAS NOTICIAS
DEL HOMBRE**
(Y DE LA MUJER)

Prólogo
Enrique García-Máiquez



INTRODUCCIÓN

Soñar con el mundo tal como es

Las “últimas noticias” pueden entenderse de tres formas: como las más recientes, como las finales o como las dos cosas a la vez, frescas y fatídicas. El sentido que prevalece aquí es el tercero. El que conjuga frescura y fatalidad.

Una primera interpretación podría explicarlo todo de esta manera: lo fresco es fatídico, el reino de la innovación es el de la obsolescencia programada. Su novedad provisional no solo supone la muerte de lo antiguo, sino también la destrucción de la novedad precedente, la cual, por consiguiente, estaba condenada a desaparecer desde su aparición. No hay nada más contrario a la innovación que la misma innovación. Quien quisiera adquirir para siempre uno de sus productos se transformaría inmediatamente en conservador. Conduciría un Ford-T. Tendría un fonógrafo de cilindros.

En *El mapa y el territorio*, Michel Houellebecq evoca “tres productos perfectos” de la industria más reciente: “los zapatos *Paraboot Marche*, el combinado ordenador portátil / impresora *Canon*

Libris y la parka *Camel Legend*”, y luego se echa a llorar. Estos tres productos ya no se pueden encontrar. Es imposible repararlos o pagar un *rescate* por ellos. Houellebecq habría podido deplorar igualmente —quizá mejor— la pérdida de la sandalia de cuero, de la pluma de oca o de la toga romana, que hicieron gala, cada una en su tiempo, de una perfección insuperable. En el fondo, si llora es porque vislumbra que su suerte apenas se distingue de la de esos objetos: el hombre del futuro es el hombre desechable, obligado a pagarse la última prótesis o a cambiar de cerebro electrónico para que no lo lleven al desguace demasiado pronto.

El hombre de antes poseía una novedad bastante más duradera. Dios le había dado un modelo de cuerpo —más exactamente, dos modelos emparejados, *macho* y *hembra*— y ahí se detuvo al ver que *aquello era muy bueno*. Sin demasiada vanidad ni errores —¿acaso no era el Todopoderoso?—, se había asegurado de hacer algo nuevo para siempre, como algo que fluyera de una fuente, que surgiera de esa eternidad que se mantiene más venerable que lo antiguo y más joven que lo porvenir. Con una garantía divina como esa, todos estábamos llamados a renovar nuestra visión de lo ya presente. A redescubrir unas manos más capaces de recibir que de tomar, una boca en la que entra el pan y de la que sale la palabra, un sexo como un dedo índice o como un vaso vuelto siempre hacia el otro...

Esa época parece pasada. El sentido ha sido reemplazado por el progreso. Si las cosas tienen sentido, se hace difícil sustituirlas por nuevas mercancías. Para eso, haría falta que perdieran el sentido. Que nuestras manos perdieran su vocación eterna (manejar la horquilla, tocar la lira, acariciar a la mujer, elevarse como ofrenda de la tarde...) para ser reemplazadas por cualquier mecanismo con oferta especial de lanzamiento.

Esta primera interpretación, que pone el acento sobre la fatalidad, se va transformando por sí sola en una segunda, que comienza y acaba en la frescura. Es usual oponer frontalmente a los

“decadentistas” y a los “progresistas”. Sin embargo, a poco que se reflexione, dicha oposición pierde toda su evidencia. El progresista magnifica el mundo futuro: ¿no menosprecia de esa forma el presente? Por tanto, él es el primero en creer en la decadencia: tuvimos la decadencia de la Antigüedad, la de la Edad Media, la del Renacimiento, la de la Modernidad; ahora tenemos la decadencia de todo lo actual en beneficio de lo que se proyecta en un programa carente de promesa (porque la promesa sigue estando del lado de la memoria). Por esa razón, al final, lo único que hace el decadentista es consolar al progresista. Donde uno muestra los escombros, el otro envía sus excavadoras. Al discurso de la reconstrucción le es necesario el de la ruina.

Por lo que a mí respecta, como no soy decadentista, tampoco soy progresista. El mundo, en mi opinión, sigue siendo demasiado bello. Todavía no se ha agotado mi fascinación por las lombrices de tierra. Y sé que ninguna tecnología me permitirá comprender a mi mujer, ni quererla más. Mi resistencia frente al progresismo procede de querer acoger el mundo tal como se nos ha dado, incluso en su dramatismo. Aún no he aprendido a construir una casa ni a cultivar un huerto ni a pensar como san Agustín ni a cantar como Dante —¿para qué iba a matarme por un casco de realidad aumentada? No soy todavía lo bastante humano, ¿para qué iba a querer convertirme en un cíborg? Sería como abandonar mi puesto con la excusa de querer ir a vanguardia. Quien se queda maravillado por el nacimiento de un niño es poco sensible a la publicidad del último iPhone. Quien todavía sabe clamar por nuestra salvación no es lo bastante crédulo para consagrarse a la inteligencia artificial. A menos que la inteligencia artificial lo ayude a gritar con más fuerza, y a asombrarse de las lombrices de tierra.

Debo confesar, no obstante, que toda esa frescura la percibimos *gracias* a la hiperartificialización. Donde todo se recubre de cemento, la menor brizna de hierba que brote entre las losas es un

milagro. Somos así desde el *homo erectus*, desde que las primeras generaciones *descubrieran* la marcha. Para nuestros padres, caminar era algo banal y no merecía asombro ninguno. Para nosotros, que vivimos sobre ruedas, en transportes motorizados o en naves espaciales, se ha convertido en algo tan raro que con frecuencia se oye a alguien contar el descubrimiento de sus piernas como una proeza que supera a la ciencia. Ahora que todo está sometido a la hegemonía de la innovación, un viejo grimorio necesitado de una nueva encuadernación, escrito a mano en latín, se convierte en algo nuevo y emocionante. Ahora que nuestros “contactos” se realizan sistemáticamente a través de la red, se hace inaudito tener un amigo que llame a la puerta. Pronto acabaremos inventando el agua caliente. Ya estamos a punto de descubrir nuestros diez dedos. Y soñamos con el mundo tal como es...

No soy enemigo de los objetos tecnológicos. No creo en un fantasmal “retorno a la naturaleza”. Mis crónicas someten a juicio a la tecnología como paradigma que pretende sustituir al paradigma de la cultura. No se trata de excluir, sino de establecer una jerarquía: que el iPod se subordine a la guitarra, que la tableta electrónica se ponga al servicio de la tabla de madera sobre la que comemos, porque la tableta y el iPod nos empujan a un consumo individual desencarnado, mientras que la guitarra y la mesa nos invitan a prácticas carnales y sociales. Critico la tecnología, pero solo en nombre de la misma técnica; las ciencias aplicadas, en nombre del saber hacer; la ingeniería, en nombre de la cultura; no para que esta última consiga abolir a la primera, sino para que la asuma, de tal forma que, en lugar de empeñarse en impulsar el crecimiento de la hierba tirando de ella hacia arriba, nos esforcemos por integrar la innovación en un crecimiento orgánico, fabriquemos máquinas que se arreglen para esposar el ritmo de la hierba.

Las palabras que uso están un poco devaluadas. Tomo prestadas las expresiones “paradigma tecnológico” y “paradigma

tecnológico” de la encíclica *Laudato si'*. La ventaja de la segunda es que pone en evidencia el vínculo entre el numerario y lo numérico: sería imposible hacer una crítica de la tecnología sin adentrarse en una crítica del capitalismo. Por eso —el fuerte olor a cerrado marxista que conlleva este último término así lo demuestra—, estos significantes mantienen una relación sesgada con sus significados e incluso con su referente original, de modo que la denuncia que se hace de ellos tiende a confirmar la usurpación que enuncia. En efecto, ataco el “paradigma tecno-económico” y, sin embargo, lo que le opongo es la técnica y la economía —en su sentido primero, vinculado con la *tekhnè* y el *oikos*, si queremos hablar en griego, y con la *cultura* y la *domus*, si preferimos el latín. Y lo que es aún más molesto: normalmente uso el epíteto “liberal” en sentido peyorativo, mientras que, para los antiguos, la liberalidad es una virtud social opuesta a los principios del liberalismo. Tomás de Aquino establece esta definición: “Liberal es aquel que reserva para los demás una parte mayor que para sí mismo”. Lo mismo pasa con lo “digital”: lo desacredito a veces, pero únicamente porque nos priva de lo dactilar.

El principio fundamental —que se expone en el texto titulado “Eco-lógica”— es que nuestra relación con el mundo nunca es directa, sino que siempre está condicionada por un entorno económico y técnico. La práctica precede a la teoría, y esta no puede distanciarse de sus condicionantes más que por medio de otras prácticas, a riesgo de extraviarse en una abstracción lejana o en una neutralidad ilusoria. Solamente podremos relativizar Twitter con una lectura poética regular. Solamente podremos pensar Internet si aprendemos a cultivar patatas. Mis alumnos viven sin wifi, no porque yo les ordene apagarlo, sino porque hacen la experiencia de tener una comunicación ultratecnológica, usando medios que cada vez son más revolucionarios: la mesa, el pan y el vino compartidos, los platos lavados entre todos, las canciones alrededor del fuego, el libro leído en voz alta...

Detrás de los dos paradigmas que compiten entre sí, lo que está en juego es nuestra manera de estar en el mundo. A decir verdad, no hay tal competencia. El mundo tiene sustancia únicamente si existe un orden trascendente que se ofrece y que se resiste a nosotros, que nos precede y que nos sobrepasa. El paradigma de la cultura garantiza el encuentro con él. Con la cultura, en efecto, tomada en su acepción agrícola (que no tiene nada que ver con la del Ministerio de Cultura), la cosa va de reconocer, de acompañar y de prolongar un dinamismo dado, por la naturaleza y por la historia, que es anterior a nosotros. Con el paradigma de la tecnología, se trata, por el contrario, de imponer nuestros planes y nuestros fines a una naturaleza sin finalidad propia, que existe solo como almacén de materiales, de energías y de leyes que podemos orientar a nuestro gusto. En este contexto, podríamos preguntarnos si todavía estamos en el mundo o si no estaremos, más bien, insertados en un dispositivo. Pero no insertados del todo aún, gracias a Dios.

Estas últimas noticias son, por lo tanto, las de un mundo al que ya no queremos venir, pero en el que nos fuerzan a entrar para ingresar en su “sistema de explotación”, como confiesa la informática. Venir al mundo es nacer. Desde que la innovación ha suplantado al nacimiento, ya no se trata de venir al mundo, sino de integrarse en un circuito. Solo nos queda, como he dicho más arriba, una vez instaurado el imperio de los robots, que el menor nacimiento aparezca ante nosotros como una Natividad. Hasta el niño trisómico es un mesías que nos salva del control de la instrumentalización. Y el buey y el asno son prodigios que ni Steve Jobs ni Larry Page habrían imaginado fabricar jamás.

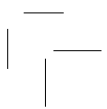
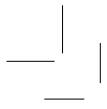
Estas crónicas eran semanales. Aparecieron todos los domingos, desde comienzos de septiembre de 2015 hasta finales de julio de 2017, en el diario italiano *Avvenire*, traducidas por mi amigo Ugo Moschella. Muchas de ellas fueron puestas *on line* en la página de la revista *Limite*. Su título era “*Últimas noticias del hombre*”—a secas.

Retomaba yo así el título de una colección de crónicas ya existente, las de Alexandre Vialatte en *Le spectacle du monde*. La apropiación era voluntaria. Deseaba rendir un homenaje al maestro. El servicio jurídico de la editorial Tallandier estimó que el homenaje podría verse como un robo de propiedad intelectual. Optamos, por lo tanto, por modificarlo y elegir *Últimas noticias del mundo*, que también podría ir bien. ¡Pero resulta que ese título coincidía con el de una novela de Anthony Burgess que nunca he leído! François Maillot, que me honra publicando esta recopilación, ya no sabía qué hacer y se preguntaba, con Alfred de Musset, si, puesto que todos los títulos buenos parecen estar ya elegidos, no habremos “llegado demasiado tarde a un mundo demasiado viejo”. Para sacarlo del lío, le propuse una alternativa: volver al título inicial, añadiéndole este legítimo paréntesis: “y también de la mujer” (véase el texto titulado “Género cómico”), o decidirnos resueltamente por otro título que me parecía muy original y completamente acorde con mis consideraciones sobre la frescura y la fatalidad: *Las flores del mal...* Mi querido editor no tuvo ninguna dificultad para decidirse.

Una nota de Vialatte (aparecida en *La montagne*, el día 2 de agosto de 1960) empezaba como sigue: “¿Qué es el hombre? Todavía lo conservamos, decía nuestra última crónica. Provisionalmente. Para el postre. Ahora acaban de encontrar a uno que *data* de la Guerra de los Cien Años. Un inglés. En Boissy-le-Roi. Buscando en el agua [...]. Pero la tendencia será, más bien, suprimir al hombre. Sus necesidades van contra el progreso. Es el último obstáculo para la felicidad de la humanidad. Igual que un jardín puede vivir sin flores, ¿no puede el hombre vivir sin él mismo? El problema está ahí. La experiencia está en curso”.

Todavía no ha terminado. Y, por eso, Allah es grande.

*Praroman, 29 de junio de 2017,
En la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo*



I

Antes de que desaparezca el lector

Por el momento, la gran mayoría de mis lectores aún pertenecen a la raza humana. No obstante, no está claro que eso vaya a seguir siendo así durante mucho tiempo. No es que yo piense que algún día voy a tener una audiencia compuesta por monos o por flamencos rosas —lo cual supondría para mí una especie de consagración... Se trata, más bien, de que los textos se reducen cada vez más a “información” procesada por máquinas.

Recientemente he podido leer este titular en la primera página de un periódico: “El coche sin conductor, dentro de poco”. El *nec plus ultra* de la tecnología será, sin duda alguna, producir un periódico sin lector: la información será transferida directamente a nuestros cerebros, sin que nosotros carguemos con todo lo que implica una verdadera lectura, a saber, el sentido del ritmo, del pensamiento, de la poesía, es decir, de lo inexplorable... Por eso comienzo hoy esta crónica: para anunciar, oh lector, tu desaparición, para darte las últimas noticias del hombre.